

CAPÍTULO 6

La autosuficiencia de Dios

Enséñanos, oh Dios, que nada es necesario para Ti. Si algo Te fuera necesario, sería la medida de Tu imperfección: ¿y cómo podríamos adorar a alguien que es imperfecto? Si nada es necesario para Ti, entonces nadie es necesario, y si nadie, entonces nosotros no. Tú nos buscas aunque no nos necesitas. Te buscamos porque Te necesitamos, porque en Ti vivimos, nos movemos y existimos. Amén

"El Padre tiene vida en sí mismo", dijo nuestro Señor, y es característico de su enseñanza que en una breve frase exponga una verdad tan elevada que trasciende los más altos alcances del pensamiento humano. Dios, dijo, es autosuficiente; Él es lo que es en Sí mismo, en el sentido final de esas palabras.

Todo lo que Dios es, y todo lo que Dios es, está en Él mismo. Toda vida está en Dios y procede de Dios, ya sea la forma más baja de vida inconsciente o la vida altamente autoconsciente e inteligente de un serafín. Ninguna criatura tiene vida en sí misma; toda vida es un don de Dios.

La vida de Dios, por el contrario, no es un don de otro. Si hubiera otro de quien Dios pudiera recibir el don de la vida, o cualquier otro don, ese otro sería Dios de hecho. Una manera elemental pero correcta de pensar en Dios es como Aquel que lo contiene todo, que da todo lo que se da, pero que no puede recibir nada que no haya dado primero.

Admitir la existencia de una necesidad en Dios es admitir la incompletitud del Ser divino. Necesidad es una palabra de criatura y no puede hablarse del Creador. Dios tiene una relación voluntaria con todo lo que ha hecho, pero

Él no tiene ninguna relación necesaria con nada fuera de sí mismo. Su interés en Sus criaturas surge de Su soberano beneplácito, no de ninguna necesidad que esas criaturas puedan suplir ni de ninguna plenitud que puedan aportar a Aquel que está completo en Sí mismo.

Una vez más, debemos invertir el flujo familiar de nuestros pensamientos y tratar de comprender lo que es único, lo que por sí solo es cierto en esta situación y en ninguna otra. Nuestros hábitos comunes de pensamiento permiten la existencia de la necesidad entre las cosas creadas. Nada es completo en sí mismo, sino que necesita algo fuera de sí para existir. Todas las cosas que respiran necesitan aire; todo organismo necesita alimento y agua. Si quitáramos el aire y el agua de la tierra, toda la vida perecería al instante. Se puede afirmar como un axioma que, para mantenerse con vida, toda cosa creada necesita alguna otra cosa creada, y todas las cosas necesitan a Dios. Sólo a Dios le es necesario todo.

El río se agranda por sus afluentes, pero ¿dónde está el afluente que puede agrandar a Aquel de quien salió todo y a cuya plenitud infinita debe su ser toda la creación?

*Mar Insondable:
toda la vida está fuera de Ti,
Y Tu vida es Tu dichosa Unidad.*

Frederick W. Faber

El problema de por qué Dios creó el universo sigue preocupando a los hombres pensantes; pero si no podemos saber por qué, al menos podemos saber que Él no creó sus mundos para

satisfacer alguna necesidad insatisfecha en Sí mismo, como un hombre podría construir una casa para resguardarse del frío invernal o plantar un campo de maíz para proveerse del alimento necesario. La palabra necesario es totalmente ajena a Dios.

Puesto que Él es el Ser supremo sobre todo, se deduce que Dios no puede ser elevado. Nada está por encima de Él, nada más allá de Él. Cualquier movimiento en Su dirección es elevación para la criatura; alejarse de Él, descenso. Él mantiene Su posición por Sí mismo y sin permiso de nadie. Así como nadie puede ascenderle, tampoco nadie puede degradarle. Está escrito que Él sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder. ¿Cómo puede ser elevado o sostenido por las cosas que Él sostiene?

Si todos los seres humanos se quedaran ciegos de repente, el sol seguiría brillando de día y las estrellas de noche, pues éstas no deben nada a los millones de personas que se benefician de su luz. Por lo tanto, si todos los hombres de la tierra se volvieran ateos, esto no afectaría a Dios en modo alguno. Él es lo que es en Sí mismo sin tener en cuenta a ningún otro. Creer en Él no añade nada a Sus perfecciones; dudar de Él no le quita nada.

Dios todopoderoso, por el mero hecho de serlo, no necesita apoyo. La imagen de un Dios nervioso y congado que adula a los hombres para ganarse su favor no es agradable; sin embargo, si nos fijamos en la concepción popular de Dios, eso es precisamente lo que vemos. El cristianismo del siglo XX ha puesto a Dios en la caridad. Tan elevada es nuestra opinión de nosotros mismos que nos resulta bastante fácil, por no decir agradable, creer que somos necesarios para Dios. Pero la verdad es que Dios no es más grande por nuestro ser, ni sería menos si no existiéramos. Que existimos es totalmente por libre determinación de Dios, no por nuestro desierto ni por necesidad divina.

Probablemente, el pensamiento más difícil de aceptar para nuestro egoísmo natural es que Dios no necesita nuestra ayuda. Solemos representarlo como un Padre ocupado, ansioso y algo frustrado, que se apresura a buscar ayuda para llevar a cabo su benevolente plan de traer la paz y la salvación al mundo, pero, como dijo la Dama Juliana: "Vi verdaderamente que Dios lo hace todo, aunque nunca sea tan poco". El Dios que todo lo hace, ciertamente no necesita ayuda ni ayudantes.

Demasiados llamamientos misioneros se basan en esta supuesta frustración del Dios Todopoderoso. Un orador eficaz puede fácilmente despertar compasión en sus oyentes, no sólo por los paganos, sino por el Dios que ha tratado tan arduamente y por tanto tiempo de salvarlos y ha fracasado por falta de apoyo. Me temo que miles de personas jóvenes entran en el servicio cristiano sin un motivo más elevado que el de ayudar a liberar a Dios de la embarazosa situación en la que su amor le ha metido y de la que sus limitadas habilidades parecen incapaces de sacarle. Añádase a esto un cierto grado de idealismo encomiable y una buena dosis de compasión por los desfavorecidos y se tendrá el verdadero impulso que hay detrás de gran parte de la actividad cristiana actual.

Una vez más, Dios no necesita defensores. Él es el eterno Indefendible. Para comunicarse con nosotros en todos los idiomas que podemos entender, Dios en las Escrituras hace pleno uso de términos militares; pero seguramente nunca fue la intención que pensáramos en el trono de la Majestad en las alturas como si estuviera bajo asedio, con Miguel y sus huestes o algunos otros seres celestiales defendiéndolo de un derrocamiento tormentoso. Pensar así es malinterpretar todo lo que la Biblia nos dice sobre Dios. Ni el judaísmo ni el cristianismo podrían aprobar nociones tan pueriles. Un Dios que debe ser defendido es un Dios que sólo puede ayudarnos mientras alguien le esté ayudando. Sólo podemos contar con Él si gana la batalla c ó s m i c a entre el bien y el mal. Un Dios así no podría inspirar el respeto de los hombres inteligentes; sólo podría despertar su compasión.

Para tener razón debemos pensar dignamente de Dios. Es moralmente imperativo que purguemos de nuestras mentes todos los conceptos innobles de la Deidad y dejemos que Él sea en nuestras mentes el Dios que es en Su universo. La religión cristiana tiene que ver con Dios y el hombre, pero su punto focal es Dios, no el hombre. La única pretensión de importancia del hombre es que fue creado a imagen divina; en sí mismo no es nada. Los salmistas y profetas de las Escrituras se refieren con triste desprecio al hombre débil que respira por la nariz, que crece como la hierba por la mañana sólo para ser cortado y marchitarse antes de la puesta del sol. Que Dios existe para sí mismo y el hombre para la gloria de Dios es la enseñanza enfática de la Biblia. El alto honor de Dios está primero en el cielo como debe estar todavía en la tierra.

De todo esto podemos empezar a entender por qué las Sagradas Escrituras tienen tanto que decir sobre el lugar vital de la fe y por qué tachan la incredulidad de pecado mortal. Entre todos los seres creados, ninguno se atreve a confiar en sí mismo. Sólo Dios confía en sí mismo; todos los demás seres deben confiar en Él. La incredulidad es en realidad una fe pervertida, pues no pone su confianza en el Dios vivo, sino en los hombres moribundos. El incrédulo niega la autosuficiencia de

Dios y usurpa atributos que no son suyos. Este doble pecado deshonra a Dios y, en última instancia, destruye el alma del hombre.

En su amor y piedad, Dios vino a nosotros como Cristo. Esta ha sido la posición constante de la Iglesia desde los días de los apóstoles. Está fijada para la creencia cristiana en la doctrina de la encarnación del Hijo Eterno. En tiempos recientes, sin embargo, esto ha llegado a significar algo diferente y menos de lo que significaba para la iglesia primitiva. El Hombre Jesús, tal como apareció en la carne, ha sido equiparado con la Divinidad y todas sus debilidades y limitaciones humanas atribuidas a la Deidad. La verdad es que el Hombre que caminó entre nosotros fue una demostración, no de deidad sin velo, sino de perfecta humanidad. La terrible majestad de la Divinidad se envolvió misericordiosamente en la suave envoltura de la naturaleza humana para proteger a la humanidad. "Baja", dijo Dios a Moisés en la montaña, "carga al pueblo, no sea que se abran paso hasta el Señor para mirar, y muchos de ellos perezcan"; y más tarde, "No puedes ver mi rostro, porque nadie me verá y vivirá".

Los cristianos de hoy parecen conocer a Cristo sólo según la carne. Intentan alcanzar la comunión con Él despojándole de su ardiente santidad e inalcanzable majestad, los mismos atributos que Él veló mientras estuvo en la tierra, pero que asumió en plenitud de gloria cuando ascendió a la diestra del Padre. El Cristo del cristianismo popular tiene una sonrisa débil y un halo. Se ha convertido en Alguien de Allá Arriba al que le gusta la gente, al menos algunas personas, y éstas están agradecidas pero no demasiado impresionadas. Si ellos le necesitan, Él también les necesita.

No imaginemos que la verdad de la autosuficiencia divina paralizará la actividad cristiana. Más bien estimulará todo esfuerzo santo. Esta verdad, a la vez que es una necesaria reprimenda a la confianza humana en sí misma, cuando la veamos desde su perspectiva bíblica, levantará de nuestras mentes la agotadora carga de la mortalidad y nos animará a tomar el fácil yugo de Cristo y a gastarnos en el trabajo inspirado por el Espíritu para el honor de Dios y el bien de la humanidad. Porque la bendita noticia es que el Dios que no necesita a nadie, con soberana condescendencia, se ha puesto a trabajar por y en y a través de sus hijos obedientes.

Si todo esto parece contradictorio, que así sea. Los diversos elementos de la verdad están en perpetua antítesis, exigiéndonos a veces creer en aparentes opuestos mientras esperamos el momento en que conoceremos como somos conocidos. Entonces la verdad que ahora parece estar en conflicto consigo misma surgirá en unidad resplandeciente y

se verá que el conflicto no ha estado en la verdad sino en nuestras mentes dañadas por el pecado.

Mientras tanto, nuestra realización interior reside en la obediencia amorosa a los mandamientos de Cristo y a las inspiradas amonestaciones de sus apóstoles. "Es Dios quien obra en vosotros". Él no necesita a nadie, pero cuando la fe está presente Él obra a través de cualquiera. Hay dos afirmaciones en esta frase y una vida espiritual sana requiere que aceptemos ambas. Durante toda una generación la primera ha estado en un eclipse casi total, y eso para nuestro profundo perjuicio espiritual.

Fuente de bien, toda bendición fluye de Ti; ninguna carencia conoce Tu plenitud; ¿Qué más que a Ti mismo puedes desear? Sin embargo, autosuficiente como Tú eres,

Tú deseas mi inútil corazón. Esto, sólo esto, quieres. Johann Scheffler